I

Al descorrer la cortina, la luz entró por primera vez en muchos años en aquella habitación de estilo victoriano que había permanecido cerrada, junto al resto de la casa, desde que su propietario, Peter Howell, un prestigioso editor de Londres, falleciera de un ataque al corazón.

Era su hija Elizabeth, la misma que lo había cerrado tiempo atrás, la que ahora observaba el despacho de su padre con una sensación de tristeza y de culpa, por haber ignorado larga y voluntariamente todo cuanto guardaba aquella estancia: retratos de antepasados, viejos rifles de colección, centenares de libros amontonados por las mesas y sillones; y un cuadro, junto a la biblioteca, que al contemplarlo después de tanto tiempo, la llenó de un sentimiento de alivio.

Aquel cuadro fue lo único que Elizabeth dudó llevarse el día que decidió cerrar la casa. De pequeña, adoraba que su padre la levantara en brazos y la acercara a aquella palmera enorme, en medio de un paisaje oriental, bajo cuya sombra un hombre recostado en el suelo parecía dejar pasar el tiempo.

— ¿Qué hace ese hombre, papá? —le gustaba preguntar, señalándolo con un dedo.

— Soñar, hija. Está soñando.

— ¿Y qué sueña?

Esa misma pregunta se la hacía ella ahora mientras intentaba, sin saber por qué, recuperar las emociones de cuando era una niña. Porque Elizabeth siempre fue capaz, desde joven, de rescatar con facilidad sensaciones y sentimientos pasados.

Le bastaba aspirar un olor inesperado, mirar fijamente un paisaje bajo la lluvia o tocar el pliegue de un vestido, para sentir en sus adentros una vibración que le llegaba y abría las puertas de instantes vividos, de tal modo que las emociones regresaban en toda su pureza, tal como fueron sentidas mucho tiempo atrás.

Elizabeth miró fijamente la palmera, firme en medio de un oasis bañado por los rayos cobrizos del atardecer, cerró los ojos y comprobó que aún conservaba en su interior la vibración de un instante de calor y de cariño que recibió en su infancia de un hombre que agarraba con la mano su dedo extendido sobre el cuadro y lo besaba sonriendo. Un hombre silencioso al que siempre consideró frío y distante, además de autoritario. Fue seguramente el peso de esa frialdad constante lo que empujó a Elizabeth a cerrar la casa después de su muerte.

Habían pasado bastantes años y durante todo ese tiempo ella no había encontrado en su corazón nada que la llevara a ocuparse de las cosas que su padre había dejado en aquella casa.

Sin embargo últimamente la vida para Elizabeth se había visto desbordada. A sus cincuenta años, bajo la capa resistente de un éxito profesional innegable como editora, corrían ríos de lava que poco a poco fueron subiendo a la superficie y agrietando su ser entero, hasta estallar como un volcán en medio de los rascacielos de una gran ciudad.

El punto de ignición más alto lo alcanzó el día que su marido, hacía algo más de un mes, le había dicho sin más que lo dejaba todo, incluida a ella, y que estaba dispuesto a cumplir una amenaza largamente velada: vender su casa, donde habían vivido desde que se casaron, para instalarse solitario en un velero que había comprado y atracado en uno de los muelles de Londres.

¿Qué había hecho ella mal? ¿Cómo podía un hombre de su talento echar a perder su carrera, vender sus acciones del grupo edi-

torial y romper con todo como un excéntrico cualquiera cuyo único objetivo en la vida había pasado a ser dar la vuelta al mundo en aquel maldito barco medio destartalado?

— Sólo intento ser feliz —le había espetado a Elizabeth el día que decidieron que sus abogados se ocuparan del divorcio para el que Frank se mostraba dispuesto a renunciar a casi todo lo que pudiera corresponderle, incluida la casa de su propiedad que estaba decidido a vender.

— Lo único que vas a conseguir es que todas nuestras amistades se rían de nosotros. ¿Qué es lo que te ha pasado? —le preguntó Elizabeth cuando fue a visitarlo al barco para firmar los papeles de la venta de la casa y los trámites del divorcio.

Allí estaba Frank aquél día, en lo alto del palo mayor, enganchado por un arnés, con barba de una semana y unas bermudas descoloridas como único atuendo a pesar del frío, cuando vio acercarse por el pantalán a su esposa Elizabeth con su traje de chaqueta muy ajustado y sus habituales zapatos de tacón alto y fino.

— Será mejor que te quites esos zapatos si quieres subir al barco. Lo digo por tu bien.

— Baja de ahí de una vez y no digas tonterías. Tengo que hablar contigo —respondió Elizabeth quitándose los zapatos con desgana.

Ya en el camarote, tuvo que apartar unas cuantas latas de cerveza vacías, varios periódicos y un cenicero lleno de colillas para poder sentarse. Entre tanto desorden pensó que no desentonaría soltar sus zapatos encima de la mesa y enseguida, con un gesto un tanto altivo, le lanzó a la cara:

— ¿Esto es para ti ser feliz?

— Quiero hacer las cosas a mi manera. La única que me has dejado —contestó Frank acercándose a un pequeño frigorífico y sacando dos latas de cerveza.

— ¿Crees tú que yo merezco esto? —insistió ella.

— ¿Quieres una?

— Ya sabes que no bebo, Frank. De verdad, no te entiendo. Tengo yo la culpa. ¿Es eso?

Culpable o no, Elizabeth sabía que tenía que reorganizar su vida y no tardó en darse cuenta que algo se acababa irremediablemente y que estaba a punto de entrar en una nueva etapa para la que necesitaba, como siempre había hecho, gobernar con firmeza el timón de sus decisiones.

Elizabeth pensó que debía hablar con su hija para intentar explicarle la situación. Mary, ya no era la niña dulce y mimada que tantas satisfacciones le había dado; tenía diecinueve años y hacía unos meses que se había ido de casa para vivir con su nuevo novio.

La citó en la cafetería donde tantas veces habían ido juntas, y allí se presentó ella, una hora más tarde de lo acordado, con el pelo teñido de azul y unas botas negras enormes del tercer *Regimiento de Fusileros Irlandeses.*

Elizabeth ignoró todo lo que tanto le disgustaba, incluido el collar de cuero negro con tachuelas cromadas que llevaba en el cuello, del que colgaba una cruz boca abajo. Pero no fue capaz de evitar un reproche:

— Hija, cada día estás más delgada.

— No sé por qué has tenido que vender nuestra casa —escupió Mary sin ni siquiera mirarla a la cara.

Sin duda, Mary estaba al tanto de todo, había hablado con su padre y era fácil deducir cuánto le disgustaba lo que estaba pasando.

— Tu padre y yo tenemos problemas —contestó Elizabeth intentando que no le afectara el descaro de Mary que esta vez sí la miró a los ojos:

— ¿Y por qué siempre tiene que haber problemas? —remarcó con rabia.

— Ya lo entenderás cuando seas mayor.

— No soy ninguna niña, mamá —contestó levantando la voz.

— El amor no es un juego y a veces hace daño, hija —replicó con calma, sorprendida por aquella reflexión que enlazaba las palabras amor y daño.

De repente, Mary bajó los ojos y se quedó en silencio, sin responder. Una lágrima cayó por su mejilla y enseguida la apartó con la mano, como avergonzada. Elizabeth hacía tiempo que no la veía llorar. Por un instante no le importó sus uñas rotas pintadas de negro, ni los párpados violetas que empezaban a desteñirse por la humedad de sus ojos y trazaban dos líneas de color sobre su cara. Pensó que a pesar de su rebeldía inaguantable de los tres últimos años, Mary la seguía queriendo y que le dolía lo mal que lo pudiera estar pasando su madre.

— No tienes que preocuparte. Soy una mujer fuerte y sabré afrontar la situación —y añadió con cierta ternura, quitándole importancia:

— Al fin y al cabo, tu padre y yo no estábamos bien desde hace mucho tiempo. Y cuando tú te fuiste de casa, el quedarnos allí solos empeoró las cosas.

Mary levantó los ojos y su voz sonó acusadora:

— ¿Me estás echando a mí la culpa?

— Para nada, hija. Perdona. Tarde o temprano tenía que llegar. Estas cosas pasan. Los hombres sólo piensan en ellos. Son todos unos egoístas.

Ahora sí, un llanto franco brotó de los ojos de Mary que ni siquiera hizo un esfuerzo por evitar que sus lágrimas cayeran sobre su taza de chocolate.

— Todo es una mierda —masculló antes de quedarse mirando fija y largamente a su madre con un gesto de rabia que incomodó y desconcertó a Elizabeth.

— Deja de llorar —dijo dándole un pañuelo—. Me estás poniendo nerviosa. Lo que ha hecho tu padre no merece que tú llores.

— No lloro por eso, mamá.

Mary se limpió la cara con el pañuelo, emborronando las dos líneas violetas que marcaban sus mejillas, inclinó la cabeza y se sinceró con su madre como hacía tiempo que no lo había hecho:

— Eamon me ha echado de su casa. Llevábamos tres meses juntos y estábamos muy bien. ¿Cómo puede decirme de repente que lo siente pero que ya no está enamorado de mí? Y obligarme a recoger mis cosas y a marcharme, sin decirme nada más. ¿Por qué, si estábamos enamorados?

— Tú estabas enamorada —cortó con falsa naturalidad Elizabeth, intentando sobreponerse con disgusto a su sorpresa—. ¿Hay otra chica? —preguntó suavemente.

— No estoy segura, mamá. Eso es lo que yo creo, pero segura no estoy. Descubrí en uno de sus cajones una fotografía besándose con una amiga mía. Se va con ella a Berlín para — "ayudar a derribar el muro y cambiar la historia" —remarcó con énfasis despectivo—. Eso es lo que él dice ahora, pero yo creo que eso es lo que ella piensa —remachó con desaire—. A Eamon sólo le importa el rugby.

— Ese muchacho no te merece.

— Pero yo le quiero, mamá.

— Tienes que olvidarlo y pensar en ti. Es lo que él ha hecho, ¿no? Eres muy joven y tienes toda la vida por delante para hacer con ella lo que quieras. Olvídate de él.

Mary volvió al descaro con su madre:

— ¿Olvidarme? ¿Eso es lo que tú has hecho con papá?

Un silencio imposible de llenar obligó a Elizabeth a sacar un cigarrillo del bolso y encenderlo. Pero no había lugar para la tregua. Mary insistió:

— Dímelo. ¿Es eso?

Elizabeth no pudo aguantar más y dio una calada profunda al cigarrillo, buscando templar su ánimo y encontrar en su cuerpo el equilibrio envenenado de la nicotina que tanto necesitaba después de diez días de fracasada abstinencia.

— Cuando quieres, sabes hacer daño, hija.

— Me parezco demasiado a ti, mamá.

Elizabeth, luchando contra su propio orgullo, fingió no haber oído nada y se mostró lo más maternal que pudo:

— Sólo estoy intentando protegerte. Es por tu bien. Olvida a ese chico. No existe. Bórralo de tu mente. Olvídate de él —insistió.

Mary dio un respingo, como si un resorte hubiera liberado el muelle que la tenía atenazada a la silla, frente a los ojos de su madre. Ya de pie, soltó con tristeza, justo antes de marcharse:

— ¿Eso es para ti el amor? ¿Olvidar?

Al volverse hacia la salida de la cafetería, Elizabeth pudo leer lo que Mary llevaba escrito, en rojo carmín y a mano, sobre la espalda de su cazadora de cuero negro: "*El mundo es un grano de arena*".

Fue aquella misma noche, entreverada de sueños absurdos, muchas fragilidades y largas horas de insomnio, cuando Elizabeth tomó la decisión de vaciar la casa de su padre para irse a vivir allí.

A la mañana siguiente, Elizabeth llamó a su secretaria, anuló todos los compromisos de su agenda y le anunció que se tomaría dos semanas de vacaciones. Estaba decidida a meter en un guardamuebles todas las cosas que había en la casa y a decorarla de nuevo como

a ella le gustaba, con las paredes pintadas de blanco y mobiliario de diseño moderno.

Decidió encargarle a un decorador amigo suyo que se ocupara de la casa y se comprometió a dejarla completamente vacía en dos semanas, justo el tiempo que había planeado para contratar a una compañía que hiciera el embalaje y para que ella pudiera meter en cajas todas las pertenencias de su padre.

Con esa intención había acudido por primera vez aquella mañana a *Kensington Palace Gardens*, una calle elegante y tranquila, llena de árboles centenarios que la habían visto gatear, andar, correr y crecer día a día y que allí seguían, bien erguidos, contemplando inamovibles el paso del tiempo.

Para Elizabeth, cada árbol tenía un nombre; unos habían sido sus mejores amigos de infancia; otros sus peores enemigos. Todos parecían estar esperándola y a todos reconoció: "*Apio Presumido*", "*Troncoliso*", el "*Príncipe Verde*"; y justo frente a la casa, su árbol favorito con el que tantas horas se había pasado hablando desde la ventana de su habitación: "*Michael Cara de Palo*", al que unos jardineros, subidos en la cesta de una grúa, estaban podándole las ramas más altas que llegaban hasta el tejado de la casa.

Una de las llaves de la entrada estaba equivocada y tuvo que llamar a un cerrajero para resolver el problema. Nunca pensó que al traspasar aquella puerta se le vinieran tantas cosas encima. Pronto comenzó a llegar el olor a caramelo quemado desde la cocina, el ruido de bajar las escaleras corriendo, desobedeciendo las órdenes estrictas de su madre; la música del piano y el carillón del reloj del salón que aún seguía allí con las agujas dispuestas para darle un gran abrazo de bienvenida, marcando las tres menos cuarto en punto; y las alfombras con adornos de flores, las paredes enteladas y el largo y oscuro pasillo lleno de amenazas, hadas encantadas y dragones.

Elizabeth abrió una tras otra todas las habitaciones y descorrió las cortinas para que se llenaran de luz. Tuvo que aguardar un buen rato hasta sentirse con fuerzas para entrar en el despacho de su padre. Allí se encontraba ahora, junto a la biblioteca, contemplando aquel cuadro con su palmera abarrotada de dátiles encendidos por los últimos rayos de sol, en medio de un oasis entre ruinas donde aquel hombre recostado sobre la arena del desierto tanto la había hecho soñar.

Elizabeth descolgó el cuadro dispuesta a no abandonarlo de nuevo y lo dejó encima de la mesa del despacho. Enseguida se acordó del cajón de los regalos, el primero a la izquierda de la mesa.

En contra de lo que diariamente deseó cuando era una niña, ese cajón sólo se abrió para ella en ocasiones muy especiales, generalmente tras largas ausencias de su padre. Cuando eso ocurría, de su interior salían regalos de países lejanos y muchos caramelos y golosinas de sabores, formas y colores que despertaban su imaginación y la hacían feliz durante algunos días.

Elizabeth, sintió el impulso de abrir el cajón. Le costó hacerlo porque estaba abarrotado de papeles y carpetas. Intentó meter su mano hasta el fondo con la ilusión de encontrarse algún recuerdo pero enseguida desistió porque pensó que sería mejor sacar las carpetas una a una: la primera de todas se quedó atascada. Fue al meter de nuevo la mano para intentar liberarla, cuando un leve sonido metálico le llamó la atención. Algo debieron tocar sus dedos porque un mecanismo oculto se puso en marcha en el interior de la mesa, haciendo aparecer los contornos muy bien disimulados de un cajón alargado y plano que resaltó de pronto entre las incrustaciones y mosaicos de nogal, cedro, caoba, marfil y nácar que adornaban el frente del escritorio.

Elizabeth, intrigada, tiró de los bordes del cajón hacia fuera hasta descubrir en su interior la cadena de un colgante con una perla. La cadena estaba enredada entre las finas tiras de cuero que anudaban lo que parecía unas tapas de piel. Sacó todo con mucho

cuidado, desenredó la cadena y observó la perla: era enorme y tenía forma de lágrima; el engarce parecía hecho de diamantes.

Al deshacer el nudo de cuero, comprobó que las tapas de piel albergaban en su interior un cuaderno de papel de Japón, con todas las páginas manuscritas con una letra tan pequeña que las líneas de tinta negra, muy apretadas, parecían filas de hormigas que seguían obedientes un imperturbable y monótono itinerario de un lado a otro de cada página: era sin ninguna duda la caligrafía de su padre. En la primera página leyó:

"Magia del Sur. Peter Howell. Golfo de Bengala. En el tren que me lleva a Delhi. 1928".

Con una curiosidad que desbordó el desapego que tenía por todas las cosas relacionadas con su padre, ojeó el resto del cuaderno y enseguida volvió al inicio. Pasó la primera página y se adentró por el sendero de hormigas, intentando descifrarlas:

"No quiero tener miedo a los recuerdos. Sólo algunos entran para quedarse cerca del corazón. Todos significan algo y tienen un nombre. El tuyo es Dasha y para mí siempre serás tan mágica como el sur".

De repente, unos golpes fuertes y secos la llevó a levantar la cabeza hacia el techo. Las voces de los jardineros le hizo comprender enseguida: algunas de las ramas de "*Michael Cara de Palo*" habían caído sobre el tejado de la casa. Elizabeth, interrumpió la lectura, dejó el cuaderno sobre la mesa y se asomó a la ventana. Desde allí, en contra de su buena educación, increpó a los jardineros para que dejaran en paz a "*Michael*", aunque por la cara que pusieron, mirándose entre ellos con las sierras de podar en la mano, seguro que no entendían de quién estaba hablando aquella señora tan impertinente.

La última frase manuscrita que había leído Elizabeth imantó irremediablemente su curiosidad y después de cerrar la ventana, sus manos se volvieron rápidas y obedientes a recoger el cuaderno de la mesa. Decidió sentarse en un sillón, encender un cigarrillo —qué más daba una derrota más— y leer el manuscrito hasta el final.

Tres horas más tarde todo seguía igual, inmutable: Elizabeth sentada en el sillón, junto a los ventanales que daban al jardín; la perla con el engarce de diamantes, sobre la mesa; el escondite secreto, a medio abrir, con sus aristas al descubierto entre las incrustaciones de madera; y el ruido de las sierras de podar, ahora mucho más lejano y espaciado, incapaz de perturbar aquella lectura tan llena de ansiedades.

Ni un momento de descanso, ni un cigarrillo más que pudiera desviarla de aquel camino que estaba recorriendo; ni un instante para levantar los ojos, temerosa de que una distracción desprendiera de sus manos el hilo del que estaba tirando y que la tenía emocionada, al borde de lo que ella deseaba imaginar como un llanto seco y silencioso, porque Elizabeth hacía años que no lloraba y había olvidado por completo el sabor de sus lágrimas. Tampoco esta vez terminaron de brotar, a pesar de que el sendero de aquellas hormigas negras manuscritas la estaban conduciendo, página a página, hasta el corazón impenetrable de su padre.

Curiosamente, al llegar a la última página, se dio cuenta que los renglones se empezaban a torcer hacia abajo, cada vez más, como si sabedores de su pronto final, se hubiera quebrado la rectitud de su camino y se dispusieran, ya sin fuerzas, a caer por un precipicio. Tan torcidos estaban, que Elizabeth tuvo que inclinar el cuaderno para poderlos leer:

"Siento mi mano temblorosa sobre tu cuello queriéndolo acariciar mientras este tren me va alejando poco a poco cada vez más. Sé que han sido unos años difíciles para ti Dasha pero tú eres una artista del alma. Tus fotografías me han impresionado. Son una entera visión humana de la lucha por la vida. Si algún día despierto de esta decisión que he tomado sólo a ti podría confesarte lo que ahora siento y escribo y que estoy seguro morirá conmigo".

Elizabeth se quedó un buen rato en silencio, paralizada, con el manuscrito sobre sus piernas y los ojos cerrados. Confusa, desorientada, se sentía incapaz de ordenar el aluvión de sensaciones y recuerdos que la inundaban.

Una realidad le resultó segura: ella no había tenido la fortuna de conocer aquel hombre tan de verdad, a pesar de sus traiciones y sus defectos, que estaba encerrado allí, en aquel cuaderno de viaje que terminaba de una forma tan repentina, a mitad de una página y con las líneas torcidas.

— "¿Y quién era Dasha?" —se preguntó, impresionada por aquella mujer valiente, imprevisible y fascinante, capaz de sacar a la luz los sentimientos más nobles de su padre y capaz también de provocarle la frialdad de la muerte en vida que ella tuvo ocasión de conocer y sufrir desde su más tierna infancia.

La ausencia de respuestas la conmovió y le hizo abrir los ojos. Sus manos seguían aferradas al manuscrito y sus dedos se deslizaron mecánicamente sobre los bordes de la última página que estaba medio pegada a la tapa de piel. Al querer despegarla, mientras todo seguía dando vueltas en su cabeza en busca de una respuesta imposible, algo cayó al suelo: era una fotografía. Elizabeth se agachó a recogerla. Enseguida reconoció a su padre, muy joven. — "Ni siquiera tendría veinte años" —, calculó. A su lado, una joven muy hermosa abrazada a él. Los dos estaban besándose tiernamente bajo un arco oriental, en lo que parecía un palacio árabe. Elizabeth le dio la vuelta

a la fotografía y descubrió en el dorso un sello estampado con una inscripción: "*Dasha Nevski. Artista fotográfico. Londres*".

Un presentimiento activó los resortes de la buena periodista que había sido en su juventud y decidió una vez más, firme el timón, luchar contra todos los muros que se levantaban alrededor de su vida y buscar en aquella misteriosa mujer una respuesta que aliviase su ansiedad y la ayudara a encararse de una vez por todas con el cúmulo de silencios que había estado enterrando pacientemente desde la muerte de su padre.